



REVISTA DE DIFUSIÓN ACADÉMICA

ISSN 2718-6318

Año I | Número 2 | Octubre 2020

# Palabras sobre la escuela, desde la escuela y para la escuela

**Ángela Etcheberry**<sup>1</sup>

angela.etcheberry@cardenalspinola.com.ar

**Patricio Silva**<sup>2</sup>

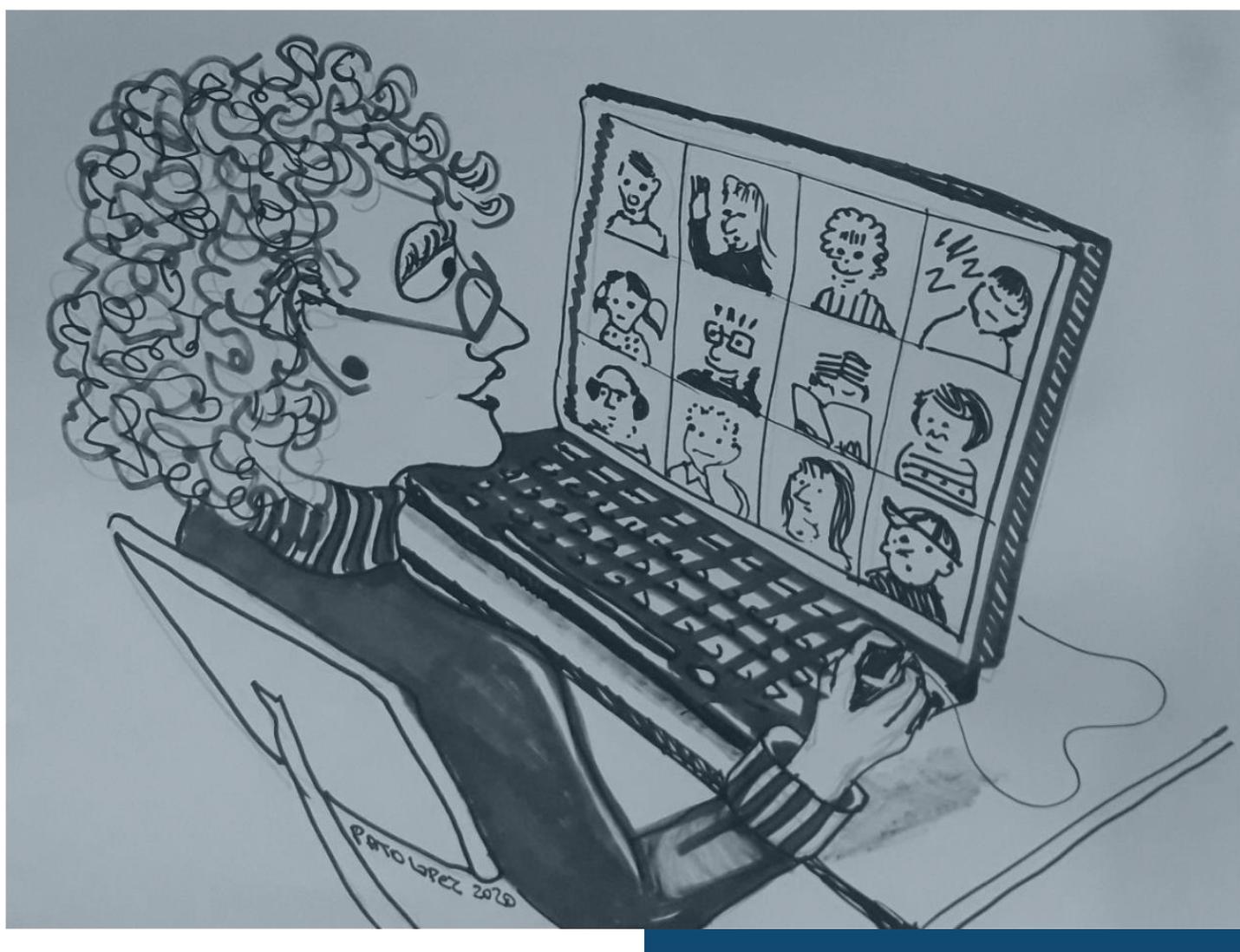
patricio.silva@cardenalspinola.com.ar

---

<sup>1</sup> Directora de Secundaria del Colegio Cardenal Spinola

<sup>2</sup> Vicedirector de Secundaria y Coordinador de la Pastoral del Colegio Cardenal Spinola

Con la expansión de la pandemia y la disposición del aislamiento, comenzó un debate -tanto en la comunidad educativa como en diversos actores sociales- acerca del concepto de “continuidad pedagógica”. Desde nuestra perspectiva, lo pedagógico se ha interrumpido. Es decir, no existe continuidad pedagógica a través de las pantallas. En la educación argentina, está pasando otra cosa.



Así, entendemos que el tiempo pedagógico no implica exclusivamente aquello que hace el maestro o el profesor. Tampoco refiere sólo a las actividades o acciones de quien aprende. Lo pedagógico se gesta en un “tercer” lugar”, en donde el conocimiento se produce. Allí, influyen el ambiente, el espacio, lo social, la interacción colectiva que tiene direcciones diversas, el ritmo de entrada y salida para cada tiempo y espacio, etc. En

definitiva, todo aquello que ocurre en las instituciones educativas. O, en todo caso, aquello que “sucedió” y ya no.

Ese tiempo pedagógico, tal como lo conocemos está interrumpido. Hay un impasse pedagógico. Hoy, nos encontramos ante un “corte forzoso” que los educadores debemos reconocer y aceptar para utilizarlo en nuestro favor. En el actual contexto, se están aprendiendo otras cosas, se está aprendiendo de otro modo. ¿La escuela podrá capitalizar y sistematizar este modo novedoso, estos nuevos aprendizajes, este nuevo tiempo pedagógico? Quizás. Algunos, incluso, dirán que debió haberse hecho antes. Es difícil hacer una síntesis de un proceso que aún está sucediendo.

### **Acerca de los cambios, lo tecnológico y lo pedagógico**

Rápidamente, aprendimos que lo más difícil de enseñar a distancia no es incorporar las herramientas tecnológicas. De hecho, cualquier conversación entre docentes de hoy puede confundirse con la conversación entre dos técnicos informáticos o dos hackers. Esto habla tanto de nuestra capacidad para reinventarnos y adaptarnos frente a una situación límite, como de nuestras resistencias irracionales para incorporar cambios en medio de la rutina y el conformismo con nuestras prácticas ya institucionalizadas. El punto es que, si a la vuelta de la esquina, cuando esto pase -porque va a pasar-, descubrimos que sólo hemos incorporado un sinfín de herramientas tecnológicas. En ese caso, deberemos admitir que nuestro aprendizaje fue pobre. Bienvenidas habrán sido las nuevas opciones digitales para la comunicación, la distribución de material y la producción de contenidos. Pero será poco. Muy poco.

### **Acerca de los contenidos**

Hemos descubierto, aunque con ciertas resistencias, que estamos en un tiempo pedagógico nuevo que no nos permite seguir haciendo lo mismo de la misma forma. Por lo tanto, debemos redefinir planificaciones, contenidos, bibliografías, etcétera. Y eso sí: es un aprendizaje valioso, profundo. ¿Cómo producir conocimiento pedagógico sobre este tiempo que estamos viviendo?

¿Cómo producir saberes que puedan volverse significativos en este contexto que, probablemente, se vuelva una cuestión de época?

No es una novedad que los saberes que se enseñan en la escuela muchas veces están lejos de las experiencias vitales de los estudiantes, de las necesidades socio-comunitarias e incluso de la agenda global de situaciones que afectan nuestro planeta-territorio. Este tiempo nos obligó a decir una palabra nueva desde el lugar al que cada uno le tocó ocupar, desde su disciplina o rol. Y también un tiempo para escuchar. Por momentos, es esto o nada. Si la escuela tiene algo para decir, que lo diga. Si tiene capacidad para escuchar, que escuche Y, si no, nada. Los silencios, las cámaras apagadas y la angustia recurrente, sobre todo en los adolescentes, quizás sea, simbólicamente, un señalamiento.

Quienes están transitando nuestras escuelas hoy debieran estar construyendo un saber que permita dar respuesta a este tiempo y al que vendrá, y no a otro. Sostenemos, entonces, que estamos ante un tiempo oportuno para preguntarnos por la relación del quehacer pedagógico de nuestras escuelas con sus entornos, los cercanos y los lejanos.

### **Una palabra sobre el trabajo en soledad y la reflexión compartida**

El trabajo en las escuelas, en ocasiones y desde la perspectiva pedagógica, un tanto solitario. Nos vemos mucho, nos encontramos mucho. Y mucho más en las escuelas que trabajan con equipos interdisciplinarios, jefaturas de departamento u otros esquemas posibles. Pero, en simultáneo, se nos va mucho tiempo en “lo organizativo”, en poner fechas, preparar eventos, etcétera. No suele haber demasiada discusión real sobre cómo enseñamos y qué enseñamos. Sobre lo metodológico, “cada maestro con su librito”. Y, sobre los contenidos, cada uno es especialista en su materia, sobre todo en los niveles secundario y superior.

¿Qué pasó en este tiempo? Curiosamente, la situación nos ha juntado un poco más. Y, en ese juntarnos, hemos tenido la posibilidad de replantear si debíamos continuar con los mismos “programas”, si teníamos que dejar de lado contenidos que hace mucho tiempo están en el centro, si había que incorporar otros, si íbamos a evaluar a los estudiantes y, en ese caso, de qué manera al no haber calificaciones. También en relación a lo metodológico, nos encontramos siendo casi todos novatos en el uso de videoconferencias y en el manejo de conceptos propios de la educación a distancia, ajena para nosotros.



El hecho es que todas las dificultades que parecíamos tener para detener la rutina y reunirnos, desaparecieron al menos en parte. ¿Podrán sostenerse con la misma intensidad y calidad cuando la urgencia pase? ¿Existirá la posibilidad de decir a los estudiantes “hoy les toca trabajar de manera autónoma mientras los docentes trabajamos en otra cosa”? Claro, en la rutina habitual, el tiempo de trabajo es el tiempo frente al estudiante y el resto es más bien accesorio, cuando se puede y como se puede. En esta interrupción del tiempo pedagógico como lo conocíamos, la cosa parece estar más repartida, hay más tiempo de reunión con los colegas, con los equipos de conducción y hasta con los intelectuales, que nos ofrecen sus charlas a toda hora y por todos los medios.

En este tiempo, los estudiantes nos están viendo aprender, nos están viendo crecer, están viendo nuestro compromiso, saben que nos estamos reuniendo más que nunca. Constituiría un hecho muy potente si, al regresar, los

estudiantes continúan viendo que trabajamos entre nosotros mientras ellos avanzan también con sus equipos, si ven que seguimos buscando mejores opciones metodológicas, también para lo presencial y no sólo en la urgencia.

¿Y qué pasa con todo el tiempo en que el estudiante está, desde que estalló la pandemia, “perdiendo” de clase? ¿Qué pasa con todo el tiempo que se perdió este año? Una respuesta posible es que no va a pasar nada que realmente vayamos a poder calcular. Parece difícil imaginar que, de aquí a diez años, veamos adultos olvidando temas y a otros concluyendo: “Y claro, cursó tercer año durante la pandemia”. Habitualmente, la gente pasa dentro del sistema educativo al menos 15 años, y los que estamos dentro sabemos que no todos “salen” del sistema habiendo aprendido lo mismo, y que aquello que realmente han aprendido tiene mucho más que ver con la significatividad y la calidad de las clases que con la cantidad. Produzcamos, entonces, algo significativo en este tiempo. Y en todos los tiempos.

### **Sobre el uso de la palabra**

Desde nuestra perspectiva, quienes se dedican a investigar la educación a distancia o educación virtual desde hace décadas, tienen claro que lo que mejor funciona, en caso de ser necesario, es la mixtura entre lo presencial y lo virtual. Es decir, la amalgama entre el tiempo personal del estudiante, en donde éste trabaja por su cuenta, escucha, lee o mira un video; y el tiempo del encuentro, de la construcción más colectiva del conocimiento. Hoy, inmersos en una realidad que nos impone estar en línea al ciento por ciento, nos conformamos con la discusión de lo sincrónico y lo asincrónico. Convocar a todos los estudiantes en un mismo horario y en una misma plataforma, con los problemas de conectividad que sabemos que existen, para que solamente escuchen una exposición, con intervenciones mínimas y casi gestuales de los alumnos, no parece tener sentido. ¿Para qué juntarnos todos para que el estudiante haga lo que puede hacer solo, como escuchar hablar a alguien? Mejor, entonces, pensar en otra alternativa. Hoy, el tiempo de encuentro obliga a que la palabra circule dentro de las limitaciones de las pantallas. Y vale la pena plantear la misma pregunta en un marco de

presencialidad, en donde no sólo tenemos que estar todos a la misma hora y en el mismo lugar, sino que, además, hay que tomar un colectivo, subirse a un auto, mojarse si llueve, etcétera. La escuela secundaria, sobre todo, sigue anclada en el formato academicista en el que “habla el que sabe” y “escucha el que no sabe”, con tiempos largos de exposición, que no siempre favorecen a la construcción del conocimiento.

### **Una palabra final**

A modo de síntesis, la educación se volverá más significativa, y la producción del conocimiento se tornará más real, si los educadores salimos de este tiempo habiendo aprendido lo más profundo que todo evento social de semejante magnitud puede tener. Y si, finalmente, los educadores evitamos quedarnos sólo con lo accesorio.